

56.8417

15 de Octubre de 1882!

TERCER CENTENARIO
DE
SANTA TERESA DE JESÚS.

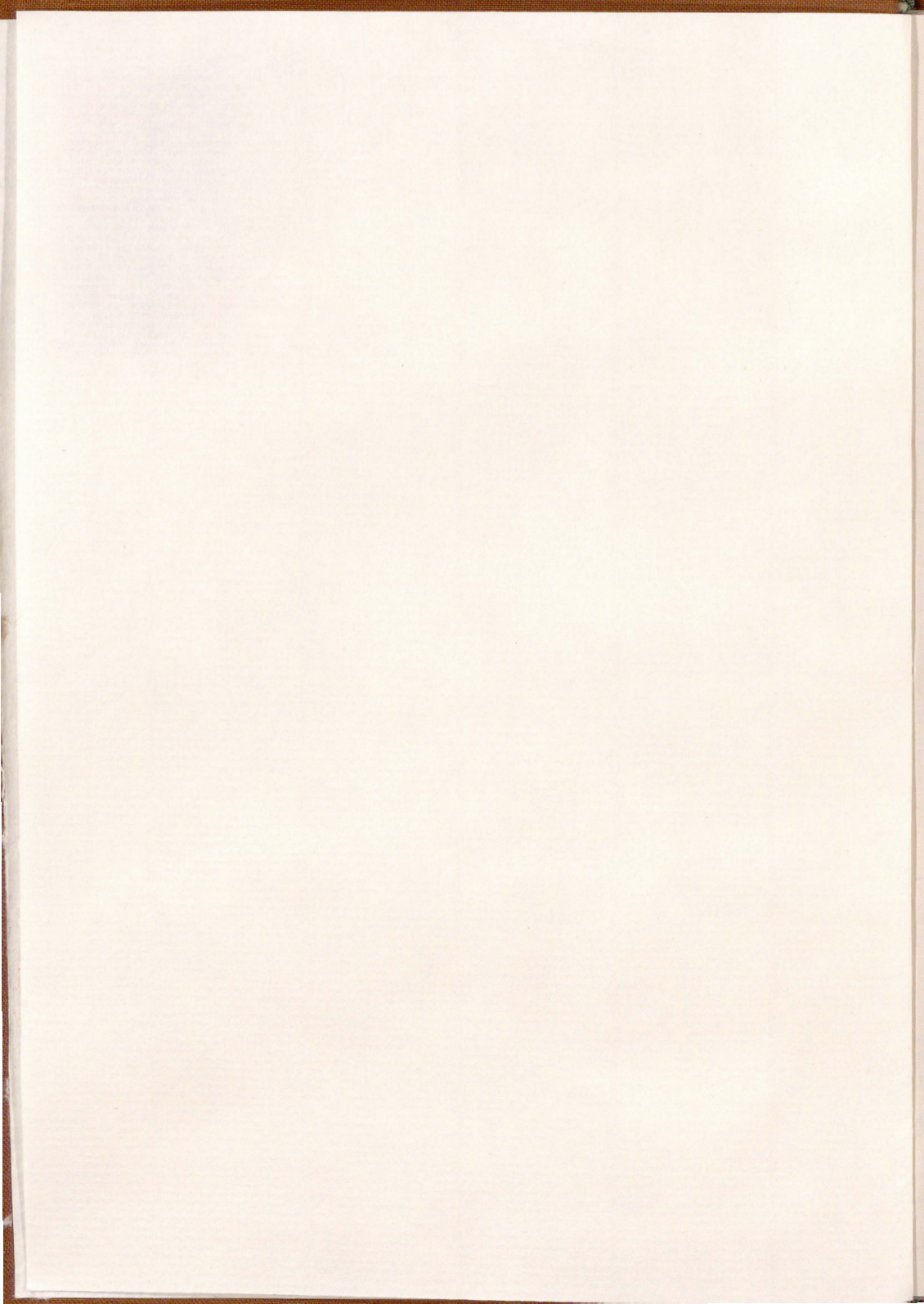
POESÍAS LEIDAS
EN LA
VELADA LITERARIA QUE CELEBRÓ LA SOCIEDAD
DEL
CASINO DE SALAMANCA

PARA COMMEMORAR TAN GLORIOSA FECHA,
CON UN PRÓLOGO
de Fray Luis de Leon.

SALAMANCA:
IMP. DE FRANCISCO NUÑEZ IZQUIERDO.
1882.



B6/56.847



3 4
530 2920
R4942 222 919
56827

15 de Octubre de 1882!

TERCER CENTENARIO
DE
SANTA TERESA DE JESÚS.

POESÍAS LEIDAS
EN LA
VELADA LITERARIA QUE CELEBRÓ LA SOCIEDAD
DEL
CASINO DE SALAMANCA

PARA CONMEMORAR TAN GLORIOSA FECHA,
CON UN PRÓLOGO
de Fray Luis de Leon.

SALAMANCA:
IMP. DE FRANCISCO NUÑEZ IZQUIERDO.
1882.

CARTA

DEL

MAESTRO FRAY LUIS DE LEON

Á LAS MADRES

priora Ana de Jesus y Religiosas Carmelitas descalzas

DEL

MONASTERIO DE MADRID.

Yo no conocí, ni vi, á la madre TERESA DE JESUS mientras estuvo en la tierra; mas agora, que vive en el cielo, la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas, y sus libros, que, á mi juicio, son tambien testigos fieles y mayores de toda excepcion de su grande virtud. Porque las figuras de su rostro si las viera, mostráranme su

cuerpo: y sus palabras, si las oyera me declararían algo de la virtud de su alma: y lo primero era comun, y lo segundo sujeto á engaño, de que carecen estas dos cosas en que la veo agora. Que, como el Sábio dice, el hombre en sus hijos se conoce. Porque los frutos que cada uno deja de sí cuando falta, esos son el verdadero testigo de su vida: y por tal le tiene Cristo, cuando en el Evangelio, para diferenciar al malo del bueno, nos remite solamente á sus frutos. De sus frutos, dice, los conoceréis. Ansí que la virtud y sanctidad de la madre TERESA que viéndola á ella me pudiera ser dudosa y incierta, esa misma ahora no viéndola, y viendo sus libros, y las obras de sus manos que son sus hijas, tengo por cierta y muy clara. Porque por la virtud que en todas resplandece se conoce sin engaño la mucha gracia que puso Dios en la que hizo para madre deste nuevo milagro, que por tal debe ser tenido, lo que en ellas Dios ahora hace, y por ellas. Que si es milagro lo que aviene fuera de lo que por orden natural acontece, hay en este hecho tantas cosas extraordinarias y nuevas que llamarle milagro es poco, porque es un ayuntamiento de muchos milagros. Que un milagro es que una mujer, y sola haya redu-

cido á perfeccion una orden en mujeres y en hombres. Y otro la grande perfeccion á que los redujo: y otro y tercero el grandísimo crecimiento á que ha venido en tan pocos años y de tan pequeños principios, que cada una por sí son cosas muy dignas de considerar. Porque no siendo de las mujeres el enseñar, sino el ser enseñadas, como lo escribe S. Pablo, luego se ve que es maravilla nueva una flaca mujer tan animosa que emprendiese una cosa tan grande, y tan sabia y eficaz que saliese con ella, y robase los corazones que trataba para hacerlos de Dios, y llevase las gentes en pos de sí á todo lo que aborrece el sentido. En que á lo que yo puedo juzgar, quiso Dios en este tiempo, cuando parece triunfa el demonio en la muchedumbre de los infieles que le siguen, y en la porfía de tantos pueblos herejes, que hacen sus partes, y en los muchos vicios de los fieles que son de su bando, para envilecerle, y para hacer burla dél, ponerle delante, no un hombre valiente rodeado de letras, sino una pobre mujer que le desafiase y levantase bandera contra él, y hiciese públicamente gente que le venza y huelle, y acocee, y quiso sin duda para demostracion de lo mucho que puede, en esta edad adonde tan-

tos millares de hombres, unos con sus errados ingenios, y otros con sus perdidas costumbres aportillan su reino, que una mujer alumbrase los entendimientos, y ordenase las costumbres de muchos que cada día crecen para reparar estas quiebras. Y en esta vejez de la Iglesia tuvo por bien de mostrarnos que no se envejece su gracia, ni es ahora menos la virtud de su espíritu que fué en los primeros y felices tiempos della, pues con medios mas flacos en linaje que entonces hace lo mismo, ó casi lo mismo que entonces. Porque (y este es el segundo milagro) la vida en que vuestras reverencias viven y la perfeccion en que las puso su madre, ¿qué es sino un retrato de la santidad de la iglesia primera? Que ciertamente lo que leemos en las historias de aquellos tiempos, eso mismo vemos agora con los ojos en sus costumbres: y su vida nos demuestra en las obras, lo que ya por el poco uso parecia estar en solos los papeles y las palabras: y lo que leído admira, y apenas la carne lo cree, agora lo ve hecho en vuestra reverencia y en sus compañeras. Que desasidas de todo lo que no es Dios, y ofrecidas en solos los brazos de su esposo divino, y abrazadas con él, con ánimos de varones fuertes en miembros de

mujeres tiernos y flacos, ponen en ejecucion la mas alta y mas generosa filosofia que jamás los hombres imaginaron; y llegan con las obras adonde en razon de perfecta vida y de heróica virtud apenas llegaron con la imaginacion los ingenios. Porque huellan la riqueza: y tienen en odio la libertad: y desprecian la honra: y aman la humildad y el trabajo: y todo su estudio es con una sancta competencia procurar adelantarse en la virtud de contino: á que su esposo les responde con una fuerza de gozo, que les infunde en el alma, tan grande, que en el desamparo y desnudez de todo lo que dé contento en la vida, poseen un tesoro de verdadera alegria, y huellan generosamente sobre la naturaleza toda como exentas de sus leyes, ó verdaderamente como superiores á ellas. Que ni el trabajo las cansa: ni el encerramiento las fatiga: ni la enfermedad las decae: ni la muerte las atemoriza ó espanta, antes las alegra y anima. Y lo que entre todo esto hace maravilla grandísima es el sabor, si lo habemos de decir así, la facilidad con que hacen, lo que es estremadamente dificultoso de hacer. Porque la mortificacion les es regocijo: y la resignacion juego, y pasatiempo la aspereza de la peniten-

cia: y como si se anduviesen solazando y holgando, van poniendo por obra lo que pone á la naturaleza en espanto, y el ejercicio de virtudes heróicas le han convertido en un entretenimiento gustoso, en que muestran bien por la obra la verdad de la palabra de Cristo, que su iugo es suave, y su carga ligera. Porque ninguna seglar se alegra tanto en sus aderezos, quanto á vuestras reverencias les es sabroso el vivir como ángeles. Que tales son sin duda, no solo en la perfeccion de la vida, sino tambien en la semejanza y unidad que entre sí tienen en ella. Que no hay dos cosas tan semejantes, quanto lo son todas entre sí y cada una á la otra. En la habla, en la modestia, en la humildad, en la discrecion, en la blandura de espíritu, y finalmente en todo el trato y estilo. Que como las anima una misma virtud, así las figura á todas de una misma manera, y como en espejos puros resplandece en todos un rostro, que es el de la madre sancta que se traspasa en las hijas. Por donde, como decia al principio, sin haberla visto en la vida, la veo ahora con mas evidencia, porque sus hijas, no solo son retratos de sus semblantes, sino testimonios ciertos de sus perfecciones, que se les comunican á

todas, y van de unas en otras con tanta presteza cundiendo, que (y es la maravilla tercera) en espacio de veinte años que puede haber desde que la madre fundó el primer monasterio hasta esto que ahora se escribe, tiene ya llena á España de monasterios en que sirven á Dios mas de mil religiosos, entre los cuales vuestras reverencias las religiosas relucen como los luceros entre las estrellas menores. Que como dió principio á la reforma con una bienaventurada mujer, así las mujeres de ella parece que en todo llevan ventaja, y no solamente en su orden son luces de guia, sino tambien son ahora de nuestra nacion, y gloria de aquesta edad, y flores hermosas que embellecen la esterilidad de estos siglos, y ciertamente partes de la Iglesia de las mas escogidas, y vivos testimonios de la eficacia de Cristo, y pruebas manifiestas de su soberana virtud, y expresos dechados en que hacemos casi experiencia de lo que la fe nos promete. Y esto quanto á las hijas, que es la primera de las dos imágenes. Y no es menos clara ni menos milagrosa la segunda que dice, que son las escrituras y libros: en los cuales sin ninguna duda quiso el Espíritu Sancto que la madre TERESA fuese un ejemplarísimo: porque

en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede á muchos ingénios: y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y así, siempre que los leo me admiro de nuevo: y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo: y no dudo sino que hablaba el Espíritu Sancto en ella en muchos lugares, y que le regia la pluma y la mano, que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazon que las lee. Que dejados aparte otros muchos y grandes provechos, que hallan los que leen estos libros, dos son, á mi parecer, los que con mas eficacia hacen. Uno facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud. Y otro encenderlos en el amor della y de Dios. Porque en lo uno es cosa maravillosa ver cómo ponen á Dios delante los ojos del alma, y cómo le muestran tan fácil para ser hallado, y tan dulce y tan amigable para los que le hallan: y en lo otro, no solamente con todas, mas con cada

una de sus palabras, pegan al alma fuego del cielo, que la abrasa y deshace. Y quitándole de los ojos y del sentido todas las dificultades que hay, no para que no las vea, sino para que no las estime ni precie, déjanla, no solamente desengañada de lo que la falsa imaginacion le ofrecia, sino descargada de su peso y tibieza, y tan alentada, y si se puede decir así, tan ansiosa del bien, que vuela luego á él con el deseo que hierve. Que el ardor grande que en aquel pecho santo vivia, salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llama por donde quiera que pasan. De que vuestras reverencias entiendo yo, son grandes testigos, porque son sus dechados muy semejantes. Porque ninguna vez me acuerdo leer en estos libros que no me parezca oiga hablar á vuestras reverencias, ni al revés nunca las oí hablar que no se me figurase que leía en la madre, y los que hicieren experiencia de ello verán que es verdad. Porque verán la misma luz y grandeza de entendimiento en las cosas delicadas y dificultosas de espíritu, la misma facilidad y dulzura en decirlas: la misma destreza, la misma discrecion, sentirán el mismo fuego de Dios y concebirán los mismos deseos: verán la misma manera de

sanctidad, no placera ni milagrosa, sino tan infundida por todo el trato en sustancia; que algunas veces, sin mentar á Dios, dejan enamoras de él á las almas. Ansí que, tornando al principio, si no la ví mientras estuvo en la tierra, ahora la veo en sus libros y hijas. O por decirlo mejor, en vuestras reverencias solas la veo ahora, que son sus hijas de las mas parecidas á sus costumbres, y son retrato vivo de sus escrituras y libros. Los cuales libros que salen á luz, y el Consejo Real me los cometió que los viese, puedo yo con derecho enderezarlos á ese sancto convento, como de hecho lo hago, por el trabajo que he puesto en ellos, que no ha sido pequeño. Porque no solamente he trabajado en verlos y examinarlos, que es lo que el Consejo mandó, sino tambien en cotejarlos con los originales mismos que estuvieron en mi poder muchos dias, y en reducirlos á su propia pureza en la misma manera que los dejó escritos de su mano la madre, sin mudarlos ni en palabras, ni en cosas de que se habian apartado mucho los traslados que andaban, ó por descuido de los escribientes, ó por atrevimiento y error. Que, hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivia, y que se

presume le movia á escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras; porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la madre es la misma elegancia. Que aunque en algunas partes de lo que escribe antes que acabe la razon de lo que comienza la mezcla con otras razones, y rompe el hilo comenzando muchas veces con cosas que ingiere, mas ingiérelas tan diestramente, y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura, y es el lunar del refran. Así que yo los he restituido á su primera pureza. Mas porque no hay cosa tan buena, en que la mala condicion de los hombres no puede levantar un achaque, será bien aquí (y hablando con vuestras reverencias) responder con brevedad á los pensamientos de algunos. Cuéntanse en estos libros revelaciones, y trátanse en ellos cosas interiores que pasan en la oracion, apartadas del sentido ordinario, y habrá por ventura quien diga, en las revelaciones, que es caso dudoso, y que así no convenia que saliesen á luz: y en lo que toca al trato interior del alma con Dios, que es negocio muy espiritual y de pocos, y que ponerlo en público á todos podrá ser ocasion de peligro, en que

verdaderamente no tienen razon, porque en lo primero de las revelaciones, así como es cierto que el demonio se transfigura algunas veces en ángel de luz, y burla y engaña las almas con apariencias fingidas, así tambien es cosa sin duda y de fe, que el Espíritu Santo habla con los suyos y se les muestra por diferentes maneras, ó para su provecho ó para el ajeno. Y como las revelaciones primeras no se han de escribir ni curar, porque son ilusiones, así estas segundas merecen ser sabidas y escritas. Que como el ángel dijo á Tobías: *El secreto del Rey bueno es asconderlo*, mas las obras de Dios, cosa santa y debida es manifestarlas y descubrirlas. ¿Qué sancto hay que no haya tenido alguna revelacion? ¿ó qué vida de sancto se escribe, en que no se escriban las revelaciones que tuvo? Las historias de las órdenes de los sanctos Domingo y Francisco andan en las manos y en los ojos de todos, y casi no hay hoja en ellas sin revelacion, ó de los fundadores ó de sus discípulos. Habla Dios con sus amigos sin duda ninguna, y no les habla para que nadie lo sepa, sino para que venga á luz lo que se les dice, que como es luz, ámala en todas sus cosas, y como busca la salud de los hombres, nunca hace estas merce-

des especiales á uno, sino para aprovechar por medio dél otros muchos. Mientras se dudó de la virtud de la madre TERESA, y mientras hubo gentes que pensaron al revés de lo que era, porque aun no se veia la manera en que Dios aprobaba sus obras, bien fué que estas historias no saliesen á luz, ni anduviesen en público, para excusar la temeridad de los juicios de algunos; mas ahora despues de su muerte, cuando las mismas cosas y el suceso dellas hacen certidumbre que es Dios, y cuando el milagro de la incorrupcion de su cuerpo, y otros milagros, que cada dia hace, nos ponen fuera de toda duda su santidad, encubrir las mercedes que Dios le hizo viviendo, y no querer publicar los medios con que la perficionó para bien de tantas gentes, seria en cierta manera hacer injuria al Espíritu Santo, y escurecer sus maravillas, y poner velo á su gloria. Y así, ninguno que bien juzgue tendrá por bueno que estas revelaciones se encubran. Que lo que algunos dicen ser inconveniente que la madre misma escriba sus revelaciones de sí, para lo que toca á ella y á su humildad y modestia, no lo es porque las escribió mandada y forzada; y para lo que toca á nosotros y á nuestro crédito, antes es lo mas con-

veniente. Porque de cualquier otro que las escribiera, se pudiera tener duda si se engañaba, ó si queria engañar, lo que no se puede presumir de la madre, que escribia lo que pasaba por ella, y era tan sancta, que no trocara la verdad en cosas tan graves. Lo que yo de algunos temo, es que desgustan de semejantes escrituras, no por el engaño que puede haber en ellas, sino por el que ellos tienen en sí, que no les deja creer que se humana Dios tanto con nadie, que no lo pensarian si considerasen eso mismo que creen. Porque si confiesan que Dios se hizo hombre, ¿qué dudan de que hable con el hombre? Y si creen que fué crucificado y azotado por ellos, ¿qué se espantan que se regale con ellos? ¿Es mas aparecer á un siervo suyo y hablarle, ó hacerse él como siervo nuestro, y padecer muerte? Anímense los hombres á buscar á Dios por el camino que él nos enseña, que es la fe y la caridad y la verdadera guarda de su ley y consejos, que lo menos será hacerles semejantes mercedes. Así que los que no juzgan bien de estas revelaciones, si es porque no creen que las hay, viven en grandísimo error; y si es porque algunas de las que hay son engañosas, obligados están á juzgar bien de las

que la conocida sanctidad de sus autores aprueba por verdaderas, cuales son las que se escriben aquí, cuya historia, no solo no es peligrosa en esta materia de revelaciones, mas es provechosa y necesaria para el conocimiento de las buenas en aquellos que las tuvieren. Porque no cuenta desnudamente las que Dios comunicó á la madre TERESA, sino dice tambien las diligencias que ella hizo para examinarlas, y muestra las señales que dejan de sí las verdaderas, y el juicio que debemos hacer dellas, y si se ha de apetecer ó rehusar el tenerlas. Porque lo primero esta escritura nos enseña, que las que son de Dios producen siempre en el alma muchas virtudes, así para el bien de quien las recibe, como para la salud de otros muchos. Y lo segundo nos avisa, que no habemos de gobernarnos por ellas, porque la regla de la vida es la doctrina de la Iglesia, y lo que tiene Dios revelado en sus libros, y lo que dicta la sana y verdadera razon. Lo otro nos dice, que no las apetezcamos ni pensémos que está en ellas la perfeccion del espíritu, ó que son señales ciertas de la gracia, porque el bien de las almas está propiamente en amar á Dios mas, y en el padecer mas por él, y en la mayor mortificacion de los afetos, y

mayor desnudez y desasimiento de nosotros mismos, y de todas las cosas. Y lo mismo que nos enseña con las palabras aquesta escritura, nos lo demuestra luego con el ejemplo de la misma madre, de quien nos cuenta el recelo con que anduvo siempre en todas sus revelaciones, y el exámen que dellas hizo, y como siempre se gobernó, no tanto por ellas cuanto por lo que le mandaban sus prelados y confesores, con ser ellas tan notoriamente buenas, cuanto mostraron los efectos de reformation que en ella hicieron y en toda su órden. Ansí que las revelaciones que aquí se cuentan, ni son dudosas, ni abren puerta para las que lo son, antes descubren luz para conocer las que lo fueren; y son para aqueste conocimiento como la piedra del toque estos libros. Resta ahora decir algo á los que hallan peligro en ellos, por la delicadeza de lo que tratan, que dicen no es para todos. Porque como haya tres maneras de gentes, unos que tratan de oracion, otros que si quisiesen, podrian tratar de ella, otros que no podrian por la condicion de su estado, pregunto yo: ¿cuáles son los que de estos peligran? ¿Los espirituales? no, sino es daño saber uno eso mismo que hace y profesa. ¿Los que tienen

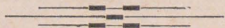
disposicion para serlo? mucho menos. Porque tienen aquí, no solo quien los guie cuando lo fueren, sino quien los anime y encienda á que lo sean, que es un grandísimo bien. Pues los terceros, ¿en qué tienen peligro? ¿En saber que es amoroso Dios con los hombres? ¿Que quien se desnuda de todo le halla? ¿Los regalos que hace á las almas? ¿La diferencia de gustos que les da? ¿La manera cómo los apura y afina? ¿Qué hay aquí, que sabido no santifique á quien lo leyere? Que no crie en él admiracion de Dios, y que no le encienda en su amor? Que si la consideracion destas obras exteriores que hace Dios en la criacion y gobernacion de las cosas, es escuela de comun provecho para todos los hombres, el conocimiento de sus maravillas secretas, cómo puede ser dañoso á ninguno? Y quando alguno por su mala disposicion sacara daño, ¿era justo por eso cerrar la puerta á tanto provecho, y de tantos? No se publique el Evangelio, porque en quien no le recibe es ocasion de mayor perdicion, como san Pablo decia. ¿Qué escrituras hay, aunque entren las sagradas en ellas, de que un ánimo mal dispuesto no pueda concebir un error? En el juzgar de las cosas débese atender á si ellas son buenas en sí, y con-

venientes para sus fines, y no á lo que hará dellas el mal uso de algunos; que si á esto se mira, ninguna hay tan santa que no se pueda vedar. ¿Qué mas santos que los sacramentos? ¿Cuántos por el mal uso dellos se hacen peores? El demonio como sagaz, y que vela en dañarnos, muda diferentes colores, y muéstrase en los entendimientos de algunos recatado y cuidadoso del bien de los prójimos, para por excusar un daño particular, quitar de los ojos de todos, lo que es bueno y provechoso en comun, bien sabe él que perderá mas en los que se mejoraren y hicieren espirituales perfectos, ayudados con la lición destes libros, que ganará en la ignorancia ó malicia de cual, ó cual, que por su indisposicion se ofendiere. Y ansí por no perder aquellos, encarece y pone delante los ojos el daño de aquestos, que él por otros mil caminos tiene dañados. Aunque como decia, no sé ninguno tan mal dispuesto, que saque daño de saber que Dios es dulce con sus amigos, y de saber cuán dulce es, y de conocer por qué caminos se le llegan las almas, á que se endereza toda aquella escritura. Solamente me recelo de unos que quieren guiar por sí á todos, y que aprueban mal lo que no ordenan ellos, y

que procuran no tenga autoridad lo que no es su juicio: á los cuales no quiero satisfacer, porque nace su error de su voluntad, y así no querrán ser satisfechos; mas quiero rogar á los demás que no les den crédito, porque no le merecen. Sola una cosa advertiré aquí, que es necesario se advierta, y es. Que la sancta madre, hablando de la oracion que llama de quietud, y de otros grados mas altos, y tratando de algunas particulares mercedes que Dios hace á las almas, en muchas partes destos libros acostumbra decir, que está el alma junto á Dios, y que ambos se entienden, y que están las almas ciertas que Dios les habla, y otras cosas desta manera. En lo cual no ha de entender ninguno que pone certidumbre en la gracia y justicia de los que se ocupan en estos ejercicios, ni de otros ningunos por santos que sean, de manera que ellos estén ciertos de sí que la tienen, sino son aquellos á quien Dios lo revela. Que la madre misma, que gozó de todo lo que en estos libros dice, y de mucho mas que no dice, escribe en uno dellos estas palabras de sí: «Y lo que no se puede sufrir, Señor, es, no poder saber cierto si os amo, y si son acceptos mis deseos delante de vos.» Solo quiere decir lo que es la

verdad, que las almas en estos ejercicios sienten á Dios presente para los efectos que en ellas entonces hace, que son deleitarlas y alumbrarlas, dándoles avisos y gustos; que aunque son grandes mercedes de Dios, y que muchas veces, ó andan con la gracia que justifica, ó encaminan á ella, pero no por eso son aquella misma gracia, ni nacen ni se juntan siempre con ella. Como en la profecía se vee, que la puede haber en el que está en mal estado. El cual entonces está cierto de que Dios le habla, y no se sabe si le justifica: y de hecho no le justifica Dios entonces, aunque le habla y enseña. Y esto se ha de advertir quanto á toda la doctrina en comun, que en lo que toca particularmente á la madre, posible es que despues que escribió las palabras que ahora yo referia, tuviese alguna propia revelacion y certificacion de su gracia. Lo cual así como no es bien que se afirme por cierto, así no es justo que con pertinacia se niegue; porque fueron muy grandes los dones que Dios en ella puso, y las mercedes que le hizo en sus años postreros, á que aluden algunas cosas de las que en estos libros escribe. Mas de lo que en ella por ventura pasó por merced singular, nadie ha de hacer regla en commun. Y con este

advertimiento queda libre de tropiezo toda aquesta escritura. Que segun yo juzgo y espero será tan provechosa á las almas, quanto en las de vuestras reverencias que se criaron, y se mantienen con ella, se vee. A quien suplico se acuerden siempre en sus sanctas oraciones de mí.—En San Felipe de Madrid, á quinze de setiembre de 1587.



LA TRANSVERBERACION DEL CORAZON

DE

Santa Teresa de Jesús.

ODA.

«Pues mi amado á mi, y yo á mi amado. ¡Quién será el que se meta á despartir y á matar dos fuegos tan encendidos!

Será trabajar en valde porque ya se han tornado en uno.»

(Santa Teresa.—Meditaciones del alma á su Dios—16).

¡Oh amor de Dios! ¡amor de los amores!
 Feliz el corazon que arde y se inflama
 en tu divina llama!
 ¡Feliz la inteligencia
 que iluminan tus vívidos fulgores!
 Ella se elevará con alto vuelo

donde jamás llegó la humana ciencia
 en su soberbio anhelo,
 y la Eterna Verdad, sol esplendente,
 contemplarán sus ojos frente á frente.

Así tú, insigne Virgen Castellana,
 de Jesús tierna esposa,
 azucena entre abrojos olorosa,
 en este amor divino
 aprendiste la ciencia soberana
 que se admira en tus obras inmortales,
 y expresaste con estro peregrino
 las dichas celestiales
 que goza el alma pura
 haciendo de sí misma una morada
 de virginal y espléndida hermosura
 por el Rey de los cielos habitada. (1)

Como al nacer el alba nace el día,
 este divino amor nació contigo;
 fué tu norte y tu guía,
 puerto feliz dó siempre hallaste abrigo.

Tu alma grande, sublime, generosa,
 de la eterna bondad y la belleza
 aspiró al ideal, le buscó ansiosa;

(1) no es otra cosa el alma del justo, sino un paraíso á donde el Señor tiene sus deleites.

(Santa Teresa.—Moradas primeras.—Cap. 1.º)

y en la suprema celestial grandeza
del Sumo Creador, allí tan solo
pudo encontrar tu espíritu ferviente
el ideal que concibió tu mente.

Tu corazón, de Dios enamorado,
á Dios se consagró con vivo anhelo,
y mereció del cielo,
porque su llama fuera inestinguible
ser por candente dardo traspasado.

II.

Virgenes venturosas que ostentando
la talar vestidura
de nítida blancura,
y en vuestras manos la triunfante palma
signos de la victoria
que contra el mundo consiguió vuestra alma,
vais en pós del Cordero caminando
en las altas mansiones de la gloria
en su eterno loor himnos cantando,
prestad á la voz mia
la célica expresión de vuestro acento,
de vuestra voz la dulce melodía;
que es pobre y débil el lenguaje humano
para expresar tan mágico portento
y describir favor tan soberano.

III.

En actitud ferviente,
 al pié del ara santa prosternada
 dó se muestra tristísima y doliente
 en la cruz enclavada
 la dulce imágen de Jesús paciente,
 Teresa con tiernísima mirada
 contempla al Redentor; mas ¡quién pudiera
 el asombro expresar que su alma siente
 cuando aquel sacrificio considera
 que hizo el Verbo humanado
 por redimir al hombre del pecado!....

—¡Oh infinita bondad!—Teresa exclama—
 ¡Oh dulce Señor mio!
 al meditar en tí ¡quién no te ama?.....
 ¡Ciega el alma será que no se asombre
 al ver á un Dios muriendo por el hombre!....

.....

 Como manso arroyuelo que sin ruido
 en el vergel florido
 se desliza entre rosas,
 su rostro inundan lágrimas copiosas.
 Por acerbo dolor el alma opresa
 parece que la vida
 va á extinguirse en el pecho de Teresa.
 Al P'adre celestial mira ofendido;
 misericordia implora;

de la flaqueza humana condolido
 su corazon, del alma pecadora
 llora el destino infausto
 y la desdicha fiera,
 y en su dolor profundo
 ¡ay! poseer quisiera
 un corazon tan grande como el mundo
 para ofrecerlo á Dios en holocausto.

Y como mirra de preciosa esencia
 su espíritu inmolar hasta extinguirse
 arder y consumirse
 de Dios en la presencia.

Suspira por la muerte bienhechora
 en que el alma como ave desprendida
 del duro lazo y de la red traidora
 podrá tender el vuelo ¡oh feliz suerte!
 y llegar do el eterno bien se anida,
 donde jamás imperio halló la muerte.
 Y mientras llega la anhelada hora,
 la tierna Virgen, fiel imitadora
 del divino modelo,
 el cáliz del dolor beber ansía,
 no pide al mundo goces ni alegría;
padecer ó morir ese es su anhelo;
 y envidia al que feliz sube al empíreo
 con la gloriosa palma del martirio.
 Y es tan viva, tan grande, tan vehemente
 su emocion, que la lengua enmudecida

no halla frases que expresen lo que siente;
 y á los piés del Señor á quien adora,
 por quien diera la vida,
 en éxtasis ferviente
 ama en silencio y en silencio llora.....
 ¿qué oracion más hermosa y elocuente?.....

El celestial esposo,
 como en huerto florido y oloroso,
 de Teresa en el alma bendecida
 y de virtudes rica, embellecida,
 cual hermoSean al pensil las flores
 con su esquisito aroma y sus colores,
 recreáSe gozoso.
 ¡Oh instante venturoso!
 Mensagero del cielo
 mira Teresa en premio de su anhelo
 un ser extraordinario, peregrino,
 cerca de sí; su rostro fulgurante
 brilla más que el lucero vespertino;
 rayos del sol coronan su cabeza,
 y no hay lenguaje humano
 que expresar pueda su sin par belleza.
 Lleva en la diestra mano
 un dardo de oro, y hácia el pecho amante
 de la estática vírgen anhelante
 la flamígera punta dirigiendo,
 su corazon traspasa
 y con fuego seráfico le abrasa.
 Cuando el Querube aparta el hierro ardiente

con atracción inmensa, irresistible
 parece que el espíritu se lleva
 de Teresa, que goza de indecible
 ventura inexplicable,
 infinito placer, puro, inefable,
 y gime débilmente
 como gacela herida,
 cual si á extinguirse fuera dulcemente
 en su pecho la vida.
 Alas la dá el amor, y su alma eleva
 como nube de incienso vaporosa
 á la eternal morada,
 y del amor divino
 la virginal esposa
 en el piélago azul queda anegada.
 ¡Oh amor de Dios! ¡Oh llama inestinguible!
 en su pecho arderás mientras aliente,
 porque apagar el fuego es imposible
 que se enciende en el Sol Omnipotente! (1)

Cual líquido diamante cristalino
 desprendido del llanto de la aurora

(1) Santa Teresa en sus escritos, usa muchas veces de la palabra Sol, aplicada á la belleza, magestad y grandeza de Dios. Hablando del alma del justo habitada por Dios y comparándola con un castillo todo de diamante ó muy claro cristal, dice: «y á todas partes della se comunica este sol que está en este palacio.»

(Moradas primeras.—Cap. 2.º)

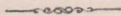
«Cuando mira este divino Sol, deslúmbrale la claridad, etc.

(Vida de Santa Teresa.—Cap. 20.)

al caer en el mar su sér confunde
con el inmenso océano,
á impulso de este afecto soberano
de este fuego divino,
se une Teresa al Dios en quien adora,
y no es ella, Dios solo en su alma vive,
y vida de su sér solo recibe.

Su corazon de Dios enamorado,
y por el ígneo dardo traspasado,
gozando de ventura inexplicable,
angélica, inefable,
queda, y en tanto el celestial Querube
cumplida su mision al cielo sube.
!Oh amor de Dios! ¡oh llama inestinguible!
en su pecho arderás eternamente;
porque apagar el fuego es imposible
que se enciende en el Sol Omnipotente!

JOSEFA ESTEVEZ DE G. DEL CANTO.



Á SANTA TERESA DE JESÚS.

Vibra el órgano sonoro,
Y el evaporado incienso
Leve sube,
Y la urna de mármol y oro
Envuelve, cual velo denso,
Blanca nube.

Yace allí la mujer fuerte
Que con raptó soberano
Voló al cielo;
Vivir fué para ella muerte,
Honra humana sueño vano,
Gozo el duelo.

Oh pátrio Tórmes que viste
En tus aguas retratado
Su semblante,
Dí, ¡cómo no te encendiste

Ante aquel pecho abrasado,
Tan amante!

Tan amante, que adorara
A Dios, aunque no existiera
El hondo abismo;
De amor puro estrella clara
Que en su foco reverbera
El cielo mismo.

Y la ciencia no aprendida
Que á raudales mil difunde
Su fiel lábio,
Del indocto es comprendida,
Al incrédulo confunde,
Pasma al sábio.

De humana filosofía
Los sistemas velozmente
Ván pasando;
Ciencia mortal, flor de un día,
Que se vá lánguidamente
Deshojando.

¡Ah, cómo satisficiera
A aquella mente divina
Ciencia humana!

Paloma que en áurea esfera
De eterna luz cristalina,
Moró ufana.

Allí fué el amar sin tasa,
Allí el saber sin medida,
¡Tan profundo!
Allí el dardo que la abrasa
Y la elocuencia encendida,
Luz del mundo.

Se humilló, pero cuán alta
La humildad la alzó de un vuelo
A Dios mismo!
Dijo ser de ciencia falta,
Y es de la ciencia del cielo
Inmenso abismo.

Vibra el órgano sonoro,
Y el evaporado incienso
Leve sube,
Y la urna de mármol y oro
Envuelve, cual velo denso,
Blanca nube.

MANUEL VILLAR Y MACIAS.

Palomas que en arborescencia
De eterna luz cristallina,
Merecieran.

Allí todo el amor sin tasa
Allí el saber sin medida
Tan profunda
Allí el dardo que la esfera
Y la eternidad trasciende,
Luz del mundo.

Se humilla, pero con alta
La humildad la alto de un ángel
A Dios alcanza
Dijo ser de eterna fama
Y es de la ciencia del cielo
Imperio eterno.

Vibra el órgano sagrado
Y el cuerpo humano
Luz eterna
Y la mente humana y otro
Envuelto, cual velo de seda
Blanca pura.

MARTÍN VILLAS Y MARTÍN

EL TERCER CENTENARIO

DE

SANTA TERESA.

ODA.

¡Sonó, por fin, de la revancha el día!
 Atruenen el espacio, vibradores,
 Del frío Septentrion al Mediodía
 Alegres coros, la inmortal victoria
 De la mujer cantando,
 Y suban hasta el cielo los vapores
 Del incienso que hoy arde por su gloria,
 En graciosa espiral serpenteando.

¡Ah! Mirad hácia atrás: ved en Oriente
 En servidumbre vergonzosa hundida
 La mísera mujer; vedla paciente,
 Torpe instrumento de placer, sumida

De vil prostitucion en el abismo
 Sus encantos vender al extranjero
 Por precio infame, con que el medro logran
 Su mismo hermano y aún su padre mismo;
 Vedla al lado de hermoso pebetero
 En los lascivos templos babilonios,
 O en las playas chiprinas y fenicias,
 Y en Armenia, y en Siria, y en Cartago,
 Y en las ciudades pérsicas y egipcias
 (Que á todas partes se extendió el estrago)
 Mancillando su cándida pureza
 Sin protestas de la exigencia odiosa,
 Sacrificar la flor de su belleza
 De la lujuria á la insaciable diosa.
 ¡Pobre mujer! La ley que te agobiaba,
 Formada por tu padre y por tu hermano,
 A perenne abyeccion te condenaba
 Cual despojo del hombre, tu tirano,
 Y preparando el cruento sacrificio
 Te enseñaba á mirar ¡infamia horrible!
 La virtud del pudor cual negro vicio.

Y así pasan centurias tras centurias
 Sin salir de aquel fango:
 Y surge Grecia y se levanta Roma,
 Y Grecia y Roma injurias sobre injurias
 Lanzas á la mujer, del alto rango
 De persona al de cosa rebajada.
 Tan sólo cuando asoma
 La evangélica luz por el Oriente,

Y se proclama el fin de los tiranos
 A la voz de Jesús grandilocuente:
 «¡Todos somos hermanos!»
 Cuando se abren los cielos, de fulgores
 Henchidos, y de flores y alegría,
 Y circundada de ángeles, los hiende
 La Madre de los púdicos amores,
 La Pura, la Castísima María,
 Sólo entonces sonó la ansiada hora
 En que la esclava se trocó en señora.

¿Oís? ¿oís? Hasta nosotros llegan
 De himnos mil los acordes armoniosos,
 Y en inefable gozo el alma anegan.
 ¿Por ventura al oírlos victoriosos,
 Con sus ecos juntando vuestro acento,
 Pensais que el mundo alborozado canta
 De una mujer tan sólo las virtudes?....
 ¡Mezquino pensamiento,
 Siquiera esa mujer sea una Santa!....
 ¡No! Mirad más arriba:
 A la mujer, de agravios seculares,
 Que de su historia forman el calvario,
 Perdon pide hoy el hombre,
 En este inolvidable Centenario
 Rehabilitando su bendito nombre.

No mireis en la mística TERESA
 Tan sólo á la incansable Fundadora,
 A la que muere de pecado ilesa,

A la ilustre Escritora,
 A la Reformadora del Carmelo,
 A la que, al lado de Jesús divino,
 Radiante de placer vive en el cielo.
 Grande es así; pero hoy se nos presenta
 Más grande aún, á recoger gozosa
 Nuestro ardiente loor; hoy representa
 El saber, los trabajos, las virtudes
 De la mujer sufrida y victoriosa.

Y en ella celebramos los humanos
 El fervor de las mártires; la ciencia
 De las Galindos, Buccas, y Medranos;
 De la gran Berenguela la prudencia;
 De las Judith, los Arcos y las Pitás,
 Las Juarez, y las Blazquez y Pachecos,
 Déboras, Aragon y Margaritas
 El heroico valor; de las Susanas
 Virginias y Lucrecias la pureza;
 El candor de las vírgenes cristianas;
 De Isabel la magnánima entereza;
 La caridad de la inmortal Fabiola;
 El saber de la Molza y la Nebrija;
 La piedad ejemplar con que se inmola
 De Edipo al bienestar su amante hija;
 De Labilia la honesta fortaleza;
 El galano decir de Soror Juana;
 De Esther la abnegacion y la nobleza;
 La virtud sobrehumana
 Y eximia santidad de Catalina

Bárbara, Inés, Eulalia, Isabel, Rosa,
 Agueda y Florentina....
 De la mujer, en fin, de todos tiempos
 La suma de los méritos grandiosa.

¿Y en quién mejor que en la sin par TERESA
 Honrar pudiera á la mujer el mundo?
 Gloriosa santidad, saber profundo,
 Abnegacion, constancia,
 Castidad, caridad, piedad, prudencia,
 Fortaleza, humildad, perseverancia,
 Discrecion, sobriedad, candor, paciencia....
 Todo en ella se junta, fiel compendio
 De todas las virtudes.... ¡Gloria, gloria
 A su santa memoria!
 ¡Cese de la mujer el vilipendio!
 ¡No en injuriarla ya se goce el labio!
 ¡Gloria á TERESA! En himnos repetido,
 Y en oraciones mil, su santo nombre
 Resuene cual solemne desagravio
 Que á la humilde mujer, arrepentido
 Con cariñoso anhelo ofrece el hombre.

FERNANDO ARAUJO.

THE

OF

THE

THE

THE

THE

THE

THE

THE

THE

THE

THE

THE

THE

THE

THE

THE

À SANTA TERESA DE JESÚS

EN

EL TERCER CENTENARIO DE SU MUERTE.

ODA.

Cuando en clamor universal asciende
 Al alto empíreo el entusiasmo ibero,
 Y el corazón enciende
 De una excelsa mujer el nombre santo,
 Suene también de mi olvidada lira
 El desacorde canto,
 Y el éter cruce, y los espacios hienda,
 Llevado por el númen que me inspira,
 De viejo trovador humilde ofrenda.
 ¿Y no ha de resonar del claro *Tórmes*
 En la risueña celebrada orilla
 Con simpático acento

El nombre de *Teresa* exclarecido?
 En la egrégia ciudad, prez de Castilla,
 Cual de otros *sábios que en el mundo han sido*,
 Grata memoria brilla,
 Y con nimbo de nítidos destellos
 En sus áulas y templos y verjeles,
 En los del arte monumentos bellos
 Y en la fronda inmortal de sus laureles.

Que aquí santificada
 Alzase la mansion que contemplamos,
 Y sirvió de morada
 A la que hoy celebramos
 Ilustre Santa, Mística Doctora.
 Aquí las del Carmelo
 Austeras fundaciones
 Hijas son de la gran Reformadora,
 A quien se rinden hoy los corazones,
 Y cuyo nombre el universo implora.

Por eso de la ESCUELA SALMANTINA
 Con ardor juvenil alzó entusiasta
 Su voz ayer la noble estudiantina,
 Y en acto inolvidable
 Conmemoró la muerte de *Teresa*,
 De la santa humildad tipo admirable.

De la Escuela gloriosa
 Siguen así loables tradiciones;
 Que de sus hijos la legion famosa
 El mundo iluminó desde la cuna
 De su perenne vida magestuosa,
 Gigante del saber como ninguna,

Astro de la Edad media,
 Flor del Renacimiento,
 Del Cristiano prez, timbre de Europa
 Y gala de Castilla y ornamento.

Linfas del pátrio río,
 Cristales de las fuentes bullidoras,
 Corred á contemplar del pueblo mio
 Estas de dicha incomparables horas.
 De ilustres nombres y memorias llenos,
 A *Teresa* le dad fragantes flores
 Umbrosa *Otéa*, cármenes amenos
 Del plácido *Zurquén*: los rui señores
 Alcen su fama en concertado coro;
 Y el susurro del céfiro en la silva,
 Y las arpas eólias,
 Y las de cuerdas de oro
 Liras de los poetas,
 Y el himno de las vírgenes hermosas
 Al cielo eleven cántico sonoro.

Porque no has muerto, nó, *Teresa* insigne;
 Cual en tiempo mejor vives ahora
 En la posteridad eterna vida,
 Ornada con la veste de la aurora
 En dulce beatitud. De tus virtudes
 El premio á recibir, del almo Cielo
 Tu espíritu voló, y allí, encendido
 En el amor de Dios, halla consuelo
 Tu corazon magnánimo, dichosa
 Al dejar este mundo fementido
 Buscando siempre tu mansion gloriosa.

Si allí del Sumo Bién la esencia aspiras,
 Quizá postrada enfrente
 Del Arquetipo soberano, admiras
 La verdad absoluta y la belleza,
 Del sentimiento y del honor la fuente,
 El gérmen puro de ideal grandeza,
 De la justicia y la bondad la norma,
 Que manan de su trono refulgente.

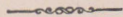
Así brota en tus libros inmortales
 La mística doctrina,
 Cual fecundante río
 Que hace reverdecer campos eriales,
 Y en suave curso pródigo camina
 Llevando la abundancia en sus raudales.

Así tu lira de las cuerdas de oro
 En sencilla armonía
 Derrama ese tesoro,
 Que del divino amor tu pecho encierra,
 Y por la patria celestial ansía,
 Y en tan sublimes éxtasis remonta
 Su vuelo angelical desde la tierra.

De tu gigante siglo
 Fuiste asombro á la vez, timbre y lumbrera,
 Como antes otra ilustre castellana,
 ISABEL LA PRIMERA,
 Preclara Reina en la nacion hispana.
 ¡Con cuánta, cuánta gloria
 Brillais así cual esplendente día
 En esta patria mía
 Las dos grandes mujeres de su historia!

Hoy en tributo universal te damos
¡Oh Santa insigne! láuros inmortales,
Y tu memoria honramos
Con entusiasta fé. Que hay en el mundo
Alguna vez por excepcion bendita
Para el talento y la virtud coronas,
Y ofrécete profundo
Testimonio de amor. Si te consagra
La santa Religion preces y altares,
El siglo que te admira,
Tu ciencia y tus virtudes proclamando,
Hoy te sublima en himnos y cantares.

DOMINGO DONCEL Y ORDAZ.



A SANTA TERESA DE JESÚS.

SONETO.

Nadie cual tú, ¡oh Teresa!, nadie puede
 Presentar á la mente sorprendida,
 El resúmen perfecto de la vida
 Y el ideal que de la humana excede.

Virtud, inteligencia, el mundo accede
 De una y otra á dar muestra esclarecida;
 Mas Santidad, con el ingénio unida...
 Eso á tí solo reservado quede.

Tu nombre, de los ángeles amado,
 Ocupa de los hombres la memoria;
 Escrito está en la Altura y ha llenado

Página ilustre en la mundana historia;
 Que solo tú, ¡oh Teresa!, has alcanzado
 Gloria en el Cielo y en la tierra gloria.

RAMON BARCO.

Á SANTA TERESA DE JESÚS

EN SU

TERCER CENTENARIO.

..... su patria, para ejemplo,
en cada corazon le erige un templo.

(S. A. de Dios.)

Si ahora pulso las cuerdas de mi lira
es porque tu virtud, Teresa santa,
grande entusiasmo de cantar me inspira,

pareciendo que el alma se agiganta
y entre nimbos de luz remonta el vuelo
lo mismo que la alondra cuando canta;

pues eres el magnífico señuelo
enclavado por Dios en el camino
que conduce á los cármenes del Cielo,

y ante la llama de tu amor divino
siento el gozo que siente cuando arriba
á la santa ciudad el peregrino.

Aun en el mundo tu memoria viva
la fé sostiene que en las almas late
y que fué de tu espíritu cautiva,

resistiendo con fuerza el rudo embate
de la negra impiedad, que en la penumbra
hunde su frente y su soberbia abate.

Tú eres el faro celestial que alumbra
de la humana existencia el mar incierto,
y á su claro fulgor, que nos deslumbra,

indicas al mortal el santo puerto
de la celeste gloria, donde moras
como las gayas flores en el huerto.

Con tus cántigas dulces y sonoras
al Parnaso español rápida subes,
y en él las penas que te afligen lloras;

mas van á consolarte los querubes,
que en sus nítidas alas de luz pura
hasta el Cielo te elevan entre nubes.

Por eso el astro bello, que en la altura
órbita inmensa traza y centellea,
y el aura que se duerme en la espesura,

y el pájaro que trovas mil gorgea,
y las olas del mar, que se levantan
como en la frente del mortal la idea,

y los rayos del sol, que nos encantan,
y la tierra y el cielo, en almo coro,
cantan tu gloria y tu grandeza cantan:

por eso en su laúd de cuerdas de oro
ensalzan hoy tu fé los trovadores
con himno celestial, dulce y sonoro:

por eso en tus altares brotan flores,
símbolo de tu alma, en cuyo seno
anidára el amor de los amores:

y por eso tambien, de gozo lleno,
con palmas y con láuros te corona
un Pontífice egrégio, sábio y bueno,

el cual tu nombre virginal pregona
con prepotente voz, que lleva el viento
de ciudad en ciudad, de zona en zona.

Deja ¡oh, Teresa! que el humilde acento
de mi áurea lira en tus altares suene,
y se eleve al ceruleo firmamento,

y los espacios infinitos llene,
y, recordando tu eternal memoria,
hoy por do quiera en tu loor resuene.

Que, aunque es la vida deleznable escoria,
aun puede penetrar mi fantasía
en el sacro recinto de la Historia,

cantando con melódica armonía,
del orbe en las extensas latitudes,
la grandeza sin par de su alma pía,

la pura santidad de sus virtudes
y ese divino amor, que á los pöetas
hace pulsar sus mágicos laúdes.

El pátrio idioma á tu pensar sujetas,
rebotando en armónicos cantares
las de tu corazon luchas secretas;

el Arte te alza estátuas á millares,
templos la hidalga tierra de Castilla
y la sublime Religion altares,

donde dobla el cristiano la rodilla
y el pendon del Carmelo se tremola
proclamándote santa sin mancilla.

Como la luz fecunda tornasola
las nubes del espacio diamantino,
que con púrpura y oro se arrebola,

así la llama de tu amor divino
logró encender, filtrándose en el alma,
el astro de tu ingénio peregrino,

á cuyo puro resplandor la palma
de la gloria adquiriste y la diadema
que presta al corazon ventura y calma

y al espíritu dá la luz suprema
del profundo saber, que tiene escrito
sobre los cielos su sagrado lema,

donde nunca ha llegado en su infinito
progreso la moderna Ciencia humana,
ni el Arte en su anhelar siempre bendito.

¡Oh, Teresa inmortal!... ¡oh, castellana
amante fiel del mártir del Calvario
y de la augusta Religion cristiana!...

Déjame que en tu bello santuario,
lleno de peregrinos y de fieles
que conmemoran hoy tu Centenario,

enguirnalde tu imagen de laureles,
y recubra de flores tus altares,
y circunde de mirra tus doseles,

y exhale en tu loor pobres cantares,
que, al brotar de mi númen infecundo,
repita el eco por los anchos mares
y por todos los ámbitos del mundo.

J. LOPEZ ALONSO.

TERESA TODO EN JESÚS.

I.

Casino de Salamanca,
Que honrándote de cristiano,
Mueves hoy con firme mano,
De la fé la gran palanca:
Solo á la vereda franca
De tu español entusiasmo,
No alardea ya el sarcasmo,
Sinó que abate su frente
Ante la Santa eminente,
Que es de los Doctores pasmo.

II.

Modelo de amor su vida,
Que á Dios por Maestro toma,
Es una con la Paloma

Que en su corazon anida,
La excelsa verdad su egída
Contra la soberbia loca,
Fluye de su santa boca
Tanta magistral doctrina,
Que no hay fuente cristalina
Que así mane de alta roca.

III.

Dios en ella luz derrama,
Mas que la del sol hermosa,
Llamándola Dios su esposa,
Como su Jesús la llama.
Tan por cima la encarama
De sí misma, que á su pecho
Tierra y cielo es campo estrecho;
Y á solo el autor del cielo
Levanta el místico vuelo,
De amor en llamas deshecho.

IV.

Ni es en solo la colina
Del Carmelo donde sella
Santa Teresa la huella
De su inspiracion divina:
Prez de la Fé salmantina
Veis cual trueca nuestro suelo

En un segundo Carmelo:
Que iman de los corazones
Sus santas inspiraciones
Hacen de la tierra un cielo.

V.

¿Que cómo hasta Dios levanta
Su esfera el bajo hemisferio?
Tan portentoso misterio
Quien nos lo explica es la Santa:
Que por Dios regada planta
Del Carmelo en el vergel,
Quien su aroma aspira fiel,
Coge el fruto por tal modo,
Que en Jesús lo encuentra todo;
!Por ser *ella* todo en *Él*!

VI.

Jesús amor de Teresa,
Y élla espejo de su amante,
Bien de Él y de Ella el semblante
En las *Moradas* expresa:
La doble imagen dá impresa
Con pincel de tal primor,
Que á su seráfico ardor
El morir era su anhelo....
No á ganar eterno un cielo,
Sino á eternizar su amor.

VII.

¡Ay! *qué larga es esta vida!*
¡Qué duros estos destierros,
 Dice de sí, *y estos hierros*
En que el alma está metida!
Solo esperar la salida
Me causa dolor tan fiero,
¡Que muero porque no muero!
 Igual es suya la frase,
De que á tanto la empeñase
¡Ver á Dios su prisionero!

VIII.

¡Centenario de su muerte,
 Que te cuentas el tercero:
 La Europa y el orbe entero
 Se juntan á engrandecerte!
 Y lo alcanzan con tal suerte,
 Que sobre humana tu gloria,
 ¡Hoy de Teresa en memoria,
 Por tí el noble pueblo hispano
 Tiene ante el género humano
 La más limpia ejecutoria!

IX.

Por Jesús lumbrera tuya,
 Fué, Teresa, tu blason:...

*Que ardiera en tu corazon
La divina hoguera suya.
De aquí natural que afluya
Tanto atractivo á tus lábios;....
Que cómo el vulgo los sabios,
De hoy con ojo á lo eternal,
Dán precursora señal
De un mundo de desagrazios.*

SILVESTRE MARIA ORTIZ.



Á SANTA TERESA DE JESÚS.

ROMANCE.

Ilustre carmelitana,
Cuyo esclarecido nombre
El universo eterniza
Sobre mármoles y bronce:
Gloria del hispano suelo,
Blasón de Reyes y nobles
Que en cien empeñadas lides
Y en cien brillantes acciones
Sirvió de defensa y guía
Tan santo y augusto mote;
¿Qué mucho que hoy te saluden
Con efusion las naciones,
Y te rindan homenaje
Todos los pueblos del orbe?
¿Qué mucho que hoy se preparen

Los más ilustres varones
A celebrar la memoria
Que á tu rango corresponde,
Cuando tu luz llena el mundo
De mágicos resplandores?
Diste en la ciencia de Dios
Tan admirables lecciones,
Que te llamaron *doctora*
Los más egrégios doctores.
Y en áulas y monasterios,
Cuando tus libros recorren,
Admiran en tus doctrinas
Tan sublimes concepciones,
Que solo por Dios dictadas
Decirlas pueden los hombres.
Y de tu mística lira
En delicados acordes
Del amor divino cantas
Los más purísimos goces.
Y á Dios consagras la vida
Que á otra mejor se dispone,
En que tus grandes virtudes
El santo premio recojen.

II.

Pequeño espacio es el mundo
Para guardar la grandeza
Que la ilustre castellana
Dejó sembrada en la tierra.

Su nombre de polo á polo
Con admiracion resuena,
Y más allá de los mares
El cristianismo lo lleva
Para mostrarle á los pueblos
Como luminosa estrella.
De mujer fuerte modelo,
En sus escritos enseña
Que padecer ó morir
Debe ser el santo lema
Que rija á el alma cristiana
Que sigue de Dios las huellas.
Su camino fué de espinas,
Que áspera y difícil senda
Recorrió por este valle
En su religion estrecha.
Muestra su grande constancia
En las divinas empresas,
Que á su espíritu gigante
Jamás el temor arredra.
En la Orden Carmelitana
Ya funda, ya regenera
De piedad santos asilos,
De religion fortalezas.
Y cuando á orillas del Tórmes,
El de apacibles riveras,
El cantado por los vates
En inmortales poemas,
Su cuerpo débil gustaba
De la calma, entónces llega

A sorprenderla la muerte
 Que tantas veces espera;
 Y rompiendo de la carne
 Las ligaduras terrenas,
 A las celestes mansiones
 Su puro espíritu vuela.

.....

III.

De tres centurias al cabo
 El pueblo Español se apresta
 A conmemorar la muerte
 De la cristiana doncella.
 Y desde el rico magnate
 Que grandes sumas reserva
 Para celebrar su nombre
 En públicas asambleas,
 Hasta el sencillo aldeano
 Que en pobre choza se alberga,
 Y solo una flor la ofrece
 Nacida en la fértil vega;
 Todos acuden solícitos,
 Y con el alma serena,
 Satisfechos se preparan
 A depositar su ofrenda;
 Y viene el mismo extranjero
 A coadyuvar á la empresa,
 Que el pueblo cristiano tiene
 Cual una de sus grandezas.

À LA MÍSTICA DOCTORA
SANTA TERESA DE JESÚS.

SONETO.

Insigne y sapientísima Doctora,
Blason eterno del hispano suelo,
Estrella refulgente del Carmelo,
Que con fé inquebrantable el orbe adora:

Oye los cántos que la voz sonora
De la lira pulsada con anhelo
Entona con amor y gran consuelo
Celebrando tu mente creadora.

Ampara en esta vida á los mortales
Y suplica al Señor de la clemencia
Que calme las desdichas y los males,
Para gozar despues en tu presencia
De las altas regiones celestiales,
Donde arde el sol de tu divina ciencia.

ISIDORO I. GARCIA DE GURRUCHAGA.

Y Castilla, esa comarca,
Que fué de la historia perla,
En su honor triunfos prepara
De materno amor en prueba.
Y cuando la España toda
Sábios y artistas congrega,
Y mil honores la rinde
En literarias contiendas,
Hoy la ilustre *Salamanca*,
Asombro de las Escuelas:
La que dió sábios un día
Que admiraron á la tierra:
La que fué de los monarcas
La mentora y consejera:
La que brilló en sanidad
Al mismo tiempo que en ciencia;
Ante tan fausto suceso
Con entusiasmo despierta;
Y así todos la ofrecemos,
De nuestro cariño en prenda,
Una oracion como Santa,
Un láuro como poeta.

IGNACIO DONCEL PEREZ.

À SANTA TERESA

EN

EL TERCER CENTENARIO DE SU MUERTE.

Veo tu ser inflamado por la llama
de la fé, de la fé dulce y bendita
que desde el cielo con amor nos llama
y en el pecho se agita.
De ese aliento vital, de esa creencia
que trueca en paz la inconsolable pena,
en virtud, la impudencia,
la pecadora infame en Magdalena,
que al martir lleva á la sangrienta arena
por quien descubre un mundo un visionario
por quien Sócrates bebe la Cicuta
y Jesucristo sube hasta el Calvario.
Y todo es puro amor, embriaguez santa,
amor divino, y tierno,
tu espíritu del mundo se levanta
y al fin se abrasa en el amor eterno.

¡Y qué hermoso será, tú desde el cielo
verás rodar los astros, las alturas
con su abismo profundo,
y mas bajo, los hombres en el mundo
caminar con sus flacas vestiduras.
Y allá en la gloria, en un dosel de nubes
rodeado de luz y de Querubes
entre los soles de la azul esfera,
Jesucristo en la cruz, siempre clemente
con los brazos abiertos y estendidos
para abrazar la humanidad entera.

Yo por lo tanto quiero,
seguir tu derrotero,
vírgen sublime, vigoroso Atleta,
á quien Dios infundió tierno y amante,
pecho de fuego, espíritu gigante
y el alma siempre vírgen del poeta.

PEDRO ALCÁNTARA GALAN.



CUATRO PALABRAS SOBRE EL AMOR

DE

SANTA TERESA DE JESÚS.

Grande es el entusiasmo que sienten los pueblos cultos por los hombres que han dejado en la humana memoria recuerdos imperecederos, luminosos é inestinguibles reflejos del génio, eternamente inmortal, eternamente vivo. No sería necesaria la historia para conservar en la mente los nombres de Cervantes, Calderon, Lope de Vega, Cristóbal Colón, Quintana, Balmes y tantos profundos ingénios, seres privilegiados, redentores de las ideas, de intuicion poderosa é inspiracion rica, de agigantada talla, que por escaparse á la comun inteligencia, han sido á veces tratados de ilusos, visionarios y locos.

Entre estos génius puede contarse sin que sufra menoscabo la grandeza de aquellos, á la insigne Teresa de Jesús. Mujer de corazon apasionado y de brillante fantasía refleja bizarramente en sus escritos estas cualidades de su individualidad: pero merced á sus poderosísimas intuiciones refléjelas con verdadero sistema y sin sacrificar á sus trasportes místicos, á sus éxtasis y arrobamientos religiosos y á su fé ilimitada, ni su libre albedrio ni la personalidad humana. La observacion es el punto de que parte el sistema de la ilustre carmelita, en el cual se une admirablemente la tendencia cristiana con la máxima socrática, el conocimiento de Dios con el conocimiento del hombre, no siendo este para la Santa como no lo es para el filósofo, un fin, si no un medio. No puede, por lo tanto negarse un carácter marcadamente filosófico al misticismo de Santa Teresa; la cual da nombre á un grupo, á una de las escuelas de escritores ascéticos del siglo xvi.

Así ha sido juzgada, como nadie ignora, por críticos de valer, la ilustre Teresa. A este juicio imparcial de su filosofía, añaden que los éxtasis y revelaciones de que dá cuenta en sus tratados no son debidos á estados patológicos, de

la misma manera que no consideramos las inspiraciones de Dante y Virgilio á estados análogos, sino que son miradas, con razon, como naturales y humanas.

En efecto: una imaginacion creadora y una ferviente fé religiosa; ciertos designios que se posesionan á intervalos de la vida de algunos seres completamente excepcionales; la necesidad de amar de un modo sublime y sobrehumano, todo encerrado, inspirado en el espíritu de la época y unido á un individualismo filosófico, á un gran talento organizador y á una fuerza de voluntad inflexible, hicieron de Teresa de Cepeda y Ahumada una de las más grandes y bellas figuras de su tiempo.

De ningun modo más elocuente y lacónico se demuestra la grandeza de Teresa de Jesús, que con el paralelo que hace el historiador Lafuente entre ésta é Isabel la Católica; y como dice tambien Balmes, que Teresa de Jesús podría sostener dñamente, sobre sus sienes, la corona de un imperio.

No eran menos grandes sus virtudes que su talento. Despreocupada en sus costumbres y hasta en ocasiones decidora, oia con la sonrisa en los lábios los insultos que en número no

escaso recibia por lo que llamaban sus extravagancias. Asemejábase su tendencia á la de algunas de aquellas escuelas griegas en donde se hallaban encerradas todas las más grandes virtudes al lado de los más inconcebibles absurdos. El desprecio á los bienes de esta vida, la asociacion espiritual; el aislamiento y la abstraccion más absoluta para buscar á Dios y comprenderlo fuera de la naturaleza, por medio de la intuicion y la observacion interior; la muerte de las pasiones, indignas del filósofo segun los antiguos, y perjudiciales segun Santa Teresa para poseer las delicias del Empíreo: así es como la Santa sin quererlo se apartaba de lo racional y lo humano; y llevando su espíritu en aras de su fé á más puras regiones, elevábase cual ave mitológica á colosal é inaccesible altura, buscando en bellezas extremas algo que satisficiera las incesantes aspiraciones de su alma arrebatada, perseguida de constante fiebre, amante en grado sobre natural, con deseos divinos de goces y pasiones ilimitadas, con ansias ardientes de enlaces no pasajeros, con innato y exageradísimo amor en su corazon, hasta pensar en que la única prueba digna de ofrecer á su amante, eran los más terribles sa-

crificios y martirios; amor incapaz de satisfacerlo un ser mortal por grande que fuese, por que sujeto éste irremisiblemente á vivir las tres cuartas partes de la vida como los hombres vulgares, que participan de las miserias humanas, era insuficiente para ocupar por completo el corazon, el alma, la vida toda de una mujer como Teresa. ¿Quién mejor que Jesús podria complacer, llenar, inundar el ser de criatura tan incomparable? Amar á Jesús, morir por el divino mártir, agotar, depurar cuantos horrosos tormentos se inventaran por defender los misterios que envuelven la religion del Crucificado, la interpretacion menos imperfecta de sus evangelios, la ceremonia más insignificante de su Iglesia, fué su ansia más vehemente, su más bello ideal, manifestado en lo más temprano de su vida. *Moría porque vivia*; se hallaba con las fatigas de la muerte, porque la muerte se le alejaba. Sí; queria morir, morir mil veces, *ó sufrir ó morir* por quien la hacía aspirar tan divinos efluvios; y encerrada en su celda y lleno su ser de luz interior, perturbábase su espíritu en rara intermitencia y hablaba con su glorioso amante que la ofrecía para cuando su vida se desvaneciese, dichas no imaginadas, pasiones

no concebidas, verdades ignoradas, cielos, glorias,, fuegos y luces celestes y todo inmaterial y eternamente eterno. Un amor fuera de comprension humana que rodearía con desconocida aureola el trono del Altísimo; y ella penetrada del augusto misterio de las tres personas divinas é indivisibles, unida ya sin cuerpo y por siempre al Hijo, rendirian al par al Autor del órden de los mundos, holocaustos de embriagantes perfumes y profusas ofrendas de todo cuanto se escapa á la razon del hombre. Tantas bellezas y armonias celestiales destinadas á poetizar la tierra, sembrar de oasis la vida, de esperanzas el alma, vislumbraba en lontananza, y ella allí en el cielo, gozando de todo, uniendo sus plegarias con las de los elegidos que ocupan la diestra del Padre Eterno, activa, incansable, abrasada, como cuando la carne estaba unida á su parte inmortal; esto y mas, y mucho más, inconcebiblemente mas reservábala á Teresa en pago de su amor aquel esposo que moraba en el cielo, y á cuyo mandato creia ella haber visto descender un cupido angélico que atravesó con dardo de fuego su corazon que se convertia en materia ígnea sin quemarse y que respiraba llamas que alimentaban un

fuego inextinguible. ¡Ah! Amar así no es dado si no á almas que han concebido y sentido en otras más perfectas esferas!

Teresa de Jesús pretendió en su fogosidad característica, que todos participáran de aquel su espatriado amor que tan desemejante la hacia de las demás mujeres. Mas no: tal amor era suyo solo, individual, imposible de infundirlo y sujetarlo á transfusiones materiales. Aquel su amor que ella apreciaba mas que el avaro su tesoro, diseminábalo no obstante sin misterio, repartíalo como el manjar más dulce, é irradiaba sus rayos sobre los demás sin sombra de egoísmo. Quería consolidar una poligamia divina y fundaba conventos para dar esposas á Cristo, su excelso amado, sometiéndolas á maceraciones, ayunos y privaciones de todo género; pues así, solo así, únicamente así era posible, á su entender, poseer á Jesús. Acaso la reforma que introdujo en su orden no sirvió para matar las pasiones sensuales, aducidas á la tierra, y quizá fué trabajo inútil para trasformar un ser humano en ideal divino. Si Teresa de Jesús hubiera podido vivir tres siglos mas, quién sabe si habría rectificado su idea.

El alma de Teresa solo usó de su encarna-

cion accidental para propagar su ilimitada fé católica, ya que no esta creencia, forzosa en aquellos tiempos. Acarició el pensamiento que hoy tendríamos por absurdo, de encerrar al mundo en estrecha clausura, y matando la materia poco á poco, ir extrayendo lentamente lo que no nos pertenece en la vida de ultra-tumba. Pero el amor hace prodigios; él fué su lema, él era la aguja imantada que la guiaba á su norte, que era el cielo; él la hacía ser fuente como imaginacion atleta; él la trocaba los tormentos en delicias; él la prometía dar cumplidos sus intensísimos deseos que no tenian medida.

Esta singular mujer vino al mundo en una de las épocas que señala la historia como de las mas borrascosas. La libertad no tan solo de expresar, sino de sentir, era nula. El fanatismo se imponia; no es de estrañar, por lo tanto, que los principales escritos de Sta. Teresa los publicára por obediencia á sus superiores, despues de haber empleado su brillante fantasía, en lo mas tierno de su edad, en escribir libros de caballería. Algunos de sus escritos místicos, sufrió todavía un auto de fé, so pretesto de que estaba fundado en los cantares de Salomon. Si

el reprimido vuelo de su ingénio dió tan sorprendentes frutos ¿á qué no habría llegado si sus ideas hubieran seguido un giro natural?...

Empero su mayor distintivo habría sido siempre su amor, que la produce deleites que al tratar de describirlos adquiere un estilo, una ternura encantadora y esencialmente femenina; y su espíritu momentáneamente descarnado y ofuscado con su lucidez y visiones increadas se trasporta á la mansion de la gloria, y al descender á la tierra cuenta lo que realmente cree haber visto en su propio aposento.

Envuelve Teresa la virtud en el amor para embellecerla. Su caridad es tan sin igual, que no amenaza con el infierno al pecador, si no que le habla por el contrario de los inefables goces del cielo, y su mas grande compasion se la inspira el demonio, *porque el infeliz nunca habia amado y era incapaz de amar*; tormento, segun ella, mayor que el que aquel proporciona á sus víctimas. Llorar con los afligidos, amar mas que el amor divino mismo, sufrir con los pobres de espíritu, y rogar con todos y por todos, hé aquí el ascetismo de Teresa de Jesús tan opuesto á la severidad de otras doctrinas religioso-moralistas.

Era mujer y fué tierna; fué amante y se mostró inimitablemente apasionada; poseyó un original talento y por él hizo visibles las cualidades de su inteligencia y las bondades de su alma, en la que parecían haberse refugiado todas las virtudes seráficas.

He oído, y no una vez sola, hacer un símil entre la Doctora del Carmelo y la poetisa griega Safo. Aparte de lo que ésta comparacion tuviere de sacrílega para los ánimos ortodoxos, hallo en las inteligencias, el amor y la filosofía de estas dos mujeres, rumbos, sentimientos y subjetivismos tan diametralmente opuestos que aun extrayéndolas de las distintas épocas en que aparecieron y colocándolas en igualdad de circunstancias, nunca Safo igualara á Teresa ni ésta á aquella. Safo, gran mujer, coloso femenino, de imaginacion y pasiones volcánicas; Teresa de no menos fantasía ni menos fogosa en sus divinos amores, pero mansa, tierna y ansiando sufrir para gozar. Safo busca en la filosofía consuelos á su burlado amor; saca de su nerviosa lira los mas tiernos lamentos, invoca á las compañeras de sus soledades habitadoras del Helicon, y no hallando lenitivo para la herida de su corazón, corre desalentada á

beber en la fuente del olvido, simbolizada en el siniestro. Leúcales no quiere sufrir; no halla en el sufrimiento goce. Teresa de Jesús mas amante *ama por amor* aun sin recompensa, y quisiera congregar á la humanidad en torno suyo para repartir su amor á manos llenas y que como ella amaran y gozaran todos: amor que si le hace anhelar la muerte es por que muriendo por él le alcanzará más perfecto. Influencia será, tal vez esta del amor divino. De todas suertes, Teresa de Jesús y Safo se contemplan en dos cimas separadas por muchos siglos de distancia y abrazan con la mirada la una un abismo y la otra un cielo.

Poniendo ya termino á mi entusiasmo diré, evitando digresiones, que al lado de Teresa de Jesús brillaron otras muchas literatas notables, y algunas poetisas de indisputable mérito que con ocasion de una fiesta religiosa hubieron de acudir á un certámen poético celebrado en Toledo en 1617, en union de Teresa de Jesús. En el de 1594 convaleciente de una penosa enfermedad, tuvo el primer éxtasis apareciéndosele la vision del infierno. En doce años fundó, sin contar con recurso seguro, 17 conventos y en esta época de sus fundaciones y por el de

1549 fué calumniada y acusada ante la inquisicion por hipócrita é ilusa. Sus obras componen una coleccion sumamente interesante que corre á la sazón de mano en mano.

Datos son estos palpitantes hoy en la memoria de todos; parece, pues, escusado recordarlos. Pero Teresa de Jesús es tan extraordinaria que agrada sobre manera repetir lo tantas veces dicho y leído, y amenerarse hablando de su pujante inspiracion, de los torrentes de su elocuencia, del etna de su espíritu, de sus meditaciones profundas, del lenguaje de sus escritos, natural, sencillo, castizo, propio, fogoso, arrebatado, sublime, puro, fácil, reposado, elegante, segun el estado de su alma. Si el Espíritu Santo se valió de esta mujer para manifestarse, eligió á la perfeccion como Santo Espíritu que era: una mujer, un corazon rebosando caridad, un alma susceptible de amar solo dentro de lo infinito y lo eterno, una inteligencia eminentísima; y por si faltaba algo, un atractivo físico que emanaba de toda su persona, de irresistible encanto, tan seductor y tan humilde que avasallaba las voluntades de cuantos tenian la dicha de verla y escucharla.

Rindamos, sí, tributo al génio. En la que re-

cuerda y ensalza hoy el mundo cristiano, se advertia el fenómeno de poseer dos facultades poderosas de exacto nivel; sentia como nadie y pensaba como muy pocos. Sí, sí, solo en el sexo bello pudieran hallarse tan eminentes y opuestas facultades.

Vivamos mucho en el pasado cuando se trate de ensalzar á los redentores del pensamiento; animemos y estimulemos á las generaciones presentes y venideras, y enlacemos nuestros corazones para cooperar cada uno en la medida de sus fuerzas por el bien de la humanidad, que que es el nuestro. Si la Santa hubiera florecido en el siglo XIX, acaso habria depuesto su platónico amor, y amára á Dios en el prójimo, no para encerrarle en cárceles religiosas, y sí para asociarle en forma verdaderamente humana y enseñarle á equilibrar las fuerzas ninguna inútil en esta nuestra vida, y mostrarnos cómo debe señorearse la razon sobre las pasiones, á la que como soberana absoluta todo debe someterse. Entonces fácilmente lanzara tambien la exclamacion de tantos modos esculpida: para conseguir tan laudable fin *solo Dios basta*. Mas si el hombre, como dijo otro pensador, *es obrero con Dios*, no debe ser la muerte de la materia

ni los sufrimientos á que se la sujete la que transforme el mundo en morada de amor y de dicha. La materia tiene su dignidad que es la vida. Si toda la del ser humano la constituyera un pequeño cuadrilátero exausto, que solo guardara privaciones y cilicios para la carne, cuando la carne es al fin lo que quiere el espíritu, sería contravenir á todas las leyes divinas. «Amaos y multiplicaos: Amad al prójimo como á vosotros mismos.» No se ama al prójimo arrastrándole con propagandas, que hoy serían un anacronismo, á matar la vida para purificar el alma. El que más ame al prójimo será el que procure hacerle más dichoso sin separaciones ni mutilaciones imposibles é inicuas.

El génio de nada necesita si no de sus convicciones. *El vasto desierto de hombres* ha menester siempre de seres predestinados ¡qué sería de él sin la idea de lo divino!

El amor, en fin, transforma la Naturaleza; frase feliz que por desgracia entra en la vida práctica de los menos. ¡Lástima grande que no sea fácil convencernos de que el *Amor* en toda su latitud hace de la tierra un paraíso!

CIMODOCEA HERNANDEZ DE GARCÍA.

X64/15535

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6403828045

Y la Junta Directiva con el fin de conmemorar el tercer centenario de Santa Teresa de Jesús, acuerda la publicacion de este Album.

Salamanca 15 de Octubre de 1882.

Presidente,

Blas Perez.

Vicepresidente,

Agustin Bullon.

Tesorero,

Julio Cuadros.

Vicetesorero,

Luis Huebra.

Contador,

Lorenzo Huebra.

Vicecontador,

Ramon Laporta.

Bibliotecario,

Francisco Nuñez. Ricardo Montero.

Vicebibliotecario,

Secretario,

Luis García Ladevese.

Vicesecretario,

Fernando Fernandez de Córdoba.

